

La energía, a la deriva

El Gobierno parece no entender la seriedad de los problemas que enfrenta el país y que angustian a los colombianos. No hay interlocución efectiva entre el sector privado y los funcionarios gubernamentales que contribuya a resolver las dificultades del presente y a despejar el futuro.

Es el caso de la energía en todas sus ramas. Comenzando por que las entidades están acéfalas: no hay viceministros de Minas y Energía, ni director de la Agencia Nacional de Energía (ANH), ni comisionados de la Creg en propiedad ni director de la Unidad de Planeación Minero Energética (Upme). No está en funcionamiento, entonces, la institucionalidad que se construyó a raíz del apagón de 1992 y que demostró, en estos 31 años, su resiliencia en diversas circunstancias meteorológicas y de seguridad. Arrecia, por tanto, el riesgo de crisis futuras.

El Gobierno perdió un año enfascado en el planteamiento de que era necesario reducir el consumo de energías fósiles para realizar la transición hacia las energías renovables. No tuvo en cuenta el elemental precepto de que “sin seguridad energética no hay transición energética”. Todavía hoy no se ha enviado una señal fuerte y clara de que se permitirá nueva exploración en búsqueda de hidrocarburos. Lo que se encuentre en los pozos de los contratos ya firmados no va a ser suficiente para la exportación y el consumo interno futuro.



Falta de seriedad

Carlos Caballero Argáez

Las reservas de gas vienen cayendo y se encuentran en el nivel más bajo de los últimos 17 años. Las de petróleo aumentan ligeramente, gracias a los altos precios internacionales. La limitación de la oferta de gas tiene hoy en día a las empresas industriales de la costa Caribe en dificultades por la contingencia técnica en los campos de Jobo, en el departamento de Córdoba. El traumatismo en sus actividades es considerable y no se vislumbran soluciones rápidas en el horizonte. Con la amenaza del fenómeno de El Niño, que promete ser muy agudo a fines del año y principios de 2024.

Ahora tenemos la posibilidad de importar gas, a precios internacionales. Pero ¿qué tal que llegara el momento en el cual tuviéramos que importar petróleo? Ahí sí los precios internos serían altísimos y podríamos enfrentar una crisis cambiaria.

La transición energética implica reemplazar consumo de combustibles fósiles por electricidad, como en el caso obvio del

transporte. Sin embargo, no se sabe de un plan para generar, transmitir y distribuir más electricidad. Son bien conocidos los obstáculos en la construcción de la línea de transmisión para contar con la energía solar y eólica de La Guajira, que condujeron a que una empresa extranjera abandonara un importante proyecto de generación.

En días pasados se adoptó, de otra parte, la decisión de suspender los contratos a largo plazo adjudicados en las subastas de energía renovable allá mismo, lo cual conducirá, inexorablemente, a un aumento de los precios de la electricidad: las empresas que contaban con esa fuente de energía tendrán que adquirirla en la bolsa a precios altos.

Como si lo anterior fuera poco, las mismas distribuidoras reclaman al Gobierno, sin ser escuchadas, por el no pago de los subsidios ni de los saldos diferidos de períodos anteriores. Y la Upme tampoco ha divulgado el plan de expansión de la transmisión eléctrica para los próximos años, ni ha efectuado nuevas convocatorias para la construcción de nuevas líneas.

La energía no puede seguir a la deriva. Se requiere para que la economía crezca y para atacar la pobreza. El Gobierno y sus funcionarios deben ponerle atención. A no ser que tenga razón un buen amigo -exministro de Minas- y que, como en la salud, el objetivo sea llegar a una estatuación del sector ‘por la puerta de atrás’.